

SOMBRA DEL PARAÍSO COMO REFERENCIA CERTERA DEL HUMANISMO SOLIDARIO.

Alberto Torés

La obra de Vicente Pío Marcelino Cirilo Aleixandre y Merlo no deja ya espacio ni para la sorpresa ni para el apunto novedoso. Solo considerando su Premio Nobel en 1977, la esfera crítica, investigadora, académica, lectora certificaba que estamos ante una voz indiscutible en el panorama de las letras, una voz que se alzaba entonces como representante de la Generación del 27, una generación poética esencial en la historia de la literatura y esencialmente andaluza.

Por tanto, nuestro planteamiento no puede ser sino la singular percepción y sincera admiración que sentimos hacia este magistral poeta. Un poeta caballeroso que lo clama en su nombre completo y cuyo primer recuerdo fue precisamente cuando oímos las primeras declaraciones del poeta nacido en Sevilla y cuya vida transcurrió entre Málaga y Madrid: «Fue algo completamente inesperado, de verdad. Sabía que estaba propuesto para el Nobel, pero precisamente minutos antes de que me llamaran los de la agencia *France Press* para darme la noticia, había leído en la prensa de la mañana la lista de los finalistas al premio. Como no estaba incluido en ella pensé que no me lo darían, por eso la sorpresa ha sido mayor», declaraba al mediodía del 7 de octubre de 1977. Entonces el poeta contaba con 79 años. Lo primero que se señalaba era que el nuevo premio Nobel de Literatura fue uno de los nombres clave de la *generación del 27*, grupo de poetas de enorme proyección, cultural, que celebraba en este mismo año el cincuenta aniversario generacional. La Academia Sueca galardonado al poeta «por su obra poética creativa que, enraizada en la tradición de la lírica española y en las modernas corrientes, ilumina la condición del hombre en el cosmos y en la necesidad de la hora presente». En efecto, Aleixandre supo beber del pozo de la tradición y a la vez experimentar. Supo recorrer una aventura lírica apasionante desde *Ambito* (1928) donde se fija en la estética de Juan Ramón, muestra el lado formal guilleniano y alude a los clásicos españoles con esas resonancias manifiestas de Fray Luis de León o de Góngora, hasta llegar a *Diálogos del conocimiento* (1974), *En gran noche* (póstumo 1991) que toma la palabra en el arco de la metafísica, de la reflexión serena y certera. Entre esas etapas, hubo tiempo para tensar la cuerda del arco, para reformular su concepción poética y tomar como referencia a los precursores franceses del surrealismo, manejando el verso libre, la escritura automática o el poema en prosa con verdaderas joyas bibliográficas como *Espadas como labios* (1932), *La destrucción del amor* (1935) o bien *Sombra del paraíso* (1944) cuya edición de Losada es la que tomado como relectura del maestro Aleixandre. La guerra le vuelve a desafiar frente a la página en blanco y con obras como *Historia del corazón* (1954) o *En un vasto dominio* (1962) se acerca solidaria y humanamente a lo que entenderíamos como poesía social, o al menos como poesía donde resuenan las preocupaciones existenciales del hombre, incluso con cierta voluntad narrativa,

donde el amor, punto esencial de su obra, se registra como metáfora de la colectividad. “*Sí poeta: el amor y el dolor son tu reino*”, leo por ejemplo en el primer poema de *Sombra del paraíso*.

Podríamos afirmar que Vicente Aleixandre es un modelo referente para la tendencia del Humanismo Solidario, y de manera especial para quien esto escribe. Ciertamente que definir la poesía como comunicación fue un hallazgo de extraordinario valor que nos aportó Aleixandre, pero tras esa afirmación, hay un enorme tiempo de soledad, meditación y creación. El propio Vicente Aleixandre, reconocerá que la soledad y la meditación le trajeron un sentimiento nuevo, una perspectiva que nunca perdería y que fue la solidaridad con los hombres. En este marco no tanto de evocación nostálgica como de puente esperanzador, reconozco la poesía de Vicente Aleixandre como fuente del humanismo solidario. Por esta razón, me parece pertinente reivindicar la figura de este excepcional poeta, cuyo centenario del nacimiento pasó un tanto desapercibido por la coincidencia con el de García Lorca. Viene a colación resaltar el libro y de manera especial la labor investigadora de José María Barrera que precisamente se pronunciaba en estos mismos términos con la publicación por parte del Ayuntamiento de Sevilla de su libro *La luz en la distancia (Vicente Aleixandre y Sevilla)*, de 1998. José María Barrera consideraba que era “justo reivindicarlo porque, si no está olvidado, se le ha postergado en muchos momentos”. Para incidir sobre este aspecto, Barrera señalaba que las poesías completas de Aleixandre solo tuvieron dos ediciones sin revisiones como ocurrió en los casos de Cernuda o Lorca. Bien es cierto, que la poesía de Vicente Aleixandre exige probablemente un mayor esfuerzo de atención, no tanto por un supuesto hermetismo o dificultad formal sino por las exigencias propias de la innovación, la experimentación, ver incluso su revolución. Por entender que la poesía es una sucesión de interrogantes que el poeta va formulando para obtener probablemente respuestas tácitas, sucesivas que el lector/la lectora a través del tiempo brindará. Esa visión dialogante, universal, comunicativa por un eje espacio temporal ciertamente singular, es una idea que el propio poeta expresaba al recibir el Premio Nobel como un premio a la tradición literaria a la vez que fija su agradecimiento por su propio tiempo, en tanto en cuanto “novelistas como Galdós; poetas como Machado, Unamuno, Juan Ramón Jiménez, y, antes, Becquer; filósofos como Ortega y Gasset; prosistas como Azorín y Baroja; hombres de teatro como Valle-Inclán; pintores como Picasso o Miró; músicos como Falla no se improvisan ni son frutos del azar. Mi generación se vio así asistida y enriquecida por ese cálido entorno, por ese manantial, por ese fecundísimo caldo de cultivo, sin el cual acaso nada seríamos ninguno de nosotros”, afirmaba Vicente Aleixandre. Si bien, no solo aludía a la tradición inmediata sino a la mediata vinculándose con los clásicos del Siglo de Oro, Garcilaso, Fray Luis de León, San Juan de la Cruz, Góngora, Quevedo, Lope de Vega, con la que también recibieron no pocas esencias. En este sentido, Aleixandre considera que “España pudo renacer y renovarse gracias a que, a través de la generación de Galdós y luego a través de la generación del 98, se desobturó, digámoslo así, y se hizo accesible y fluyó abundantemente hacia

nosotros toda la savia nutricia que nos llegaba del más remoto pasado. La generación del 27 no quiso desdeñar nada de lo mucho que seguía vivo en ese largo pretérito, abierto de pronto ante nuestra mirada como un largo relámpago de ininterrumpida belleza. No fuimos negadores, sino de la mediocridad; nuestra generación tendía a la afirmación y al entusiasmo, no al escepticismo ni a la taciturna reticencia. Nos interesó vivamente todo cuanto tenía valor, sin importarnos donde éste se hallase. Y si fuimos revolucionarios, si lo pudimos ser, fue porque antes habíamos amado y absorbido incluso aquellos valores contra los que ahora íbamos a reaccionar. Nos apoyábamos fuertemente en ellos para poder así tomar impulso y lanzarnos hacia adelante en brinco temeroso al asalto de nuestro destino. No os asombre, pues, que un poeta que empezó siendo superrealista haga hoy la apología de la tradición. Tradición y revolución. He ahí dos palabras idénticas”. Absolutamente revelador y fascinante esa propuesta de Aleixandre “*atravesada por la luz*”, verso que entresaco del poema Las Manos de *Sombra del paraíso*.

La luz, esencial en la imagen, cobra en el lirismo de Aleixandre una categoría universalizadora, que no está reñida con su condición de sevillano a la que nunca renunció pese a dejar la ciudad de muy pequeño. La luz de las ciudades le llevará a ciudades del paraíso “*vosotros conocisteis la generosa luz de la inocencia*”, de este modo abre su extraordinario poemario *Sombra del paraíso*, donde a veces los deseos no se alcanzan ni los caminos, alegorías supremas de la vida desde la más relevante tradición, logran atrapar “*ese caliente palpitar de otro vuelo*”.

En cualquier caso, las metáforas del amor, de lo inexorable del tiempo, se fraguan en los ríos, un elemento natural que es punto de unión de todos los poetas del 60. “*Oh río que como luz hoy veo /, que como brazo hoy veo de amor que a mí.*”. Unos anhelos vitales que se identifican no ya en el discurrir comunicativo sino en la voluntad de transmitir la idea de movimiento, de amor como fórmula para escapar a toda limitación, hasta tal punto, “*Yo no tuve palabras para el amor... y sentí que mi sangre, en tu luz convertida, / recorría mis venas destellando en la noche*”.

Por tanto, como antídoto de las contraluces, la escritura de Vicente Aleixandre posee la caballerosidad de la pasión y el registro de la singularidad. Su escritura poética fue y es un don, por recordar otro gran poeta como Claudio Rodríguez. Señalamos la deuda que mantenemos con el ámbito de la pasión de la tierra, la destrucción o el amor, incluso de espadas como labios. Recordamos fórmulas para apresar el tiempo, jugar entre sombras de paraísos, dialogar con poemas de la consumación, retratar vastos dominios que necesitan



recordar los sonidos de la guerra como nacimiento último, como historia del corazón. La poesía de Aleixandre va traspasando generaciones, arrancando bóvedas oscuras y cruzando silencios con pájaros de colores. Nos desvela sueños y desentraña las sustancias de las cosas para que gocemos y suframos, para sentir *la pujanza de la vida cantando*. Es hora de mostrar gratitud y seguir el mensaje sin más:

Amigos, no preguntéis a la gozosa mañana / por qué el sol intangible da su fuerza a los hombres. / Bebed su claro don, su lucidez en la sombra / en los brazos amantes de ese azul inspirado, / y abrid los ojos sobre la belleza del mar, como del amor, / ebrios de luz sobre la hermosa vida.